

La primera Navidad sin ti.

El taxi llegó al aeropuerto pasadas las diez de la noche de aquel veinticuatro de diciembre de dos mil dieciséis. Apenas descendió del vehículo, Lauren apuró sus pasos en dirección a aquella ventanilla en la que había adquirido el boleto esa misma mañana, a través de internet, para realizar el *check-in* de rigor. Era la única compañía que, milagrosamente, aún disponía de plazas vacantes en primera. Por eso, no dudo en comprar el boleto; poco le importaba que ese vuelo saliera con destino a Jamaica. Le daba absolutamente lo mismo que el destino fuese Suiza, Japón o Nueva York.

Lauren no quería viajar. Lo que quería era desaparecer en Nochebuena; no quería estar en ningún lugar preciso cuando dieran las doce; no quería brindar ni saludar a nadie por compromiso, porque con la única persona que quería estar, ya no podía. La única persona que amaba y con quien ansiaba pasar esa Navidad, había fallecido hacía nueve meses. Lauren solo quería llorar.

Cuando, por fin, se acercó a la ventanilla, se sorprendió de encontrar una fila con apenas diez o doce personas.

“¿Acaso el avión no sale a la una de la mañana? Me dijeron que era el último pasaje disponible para Kingston; se supone que el avión iría lleno, ¿o será que se completa en la escala que hace en Curaçao? Sí, eso debe ser... Bueno, por fortuna, hay poca gente, así nadie me molestará cuando den las doce, si es que aún no hemos embarcado”.

Era la última en la fila de aquel pequeño grupo de pasajeros caricaturescos que, como todo viajero que planea pasar la Navidad en un aeropuerto, debe tener alguna herida en el alma que no ha cicatrizado, o bien, una ingenua emoción pletórica de felicidad que lo embarga y lo lleva a viajar a un destino buscado el único día que consiguió pasaje y por ello se apresura a pasarla lo mejor posible en compañía de extraños. Pero si alguno de ellos pertenecía a este segundo grupo, que no pensara que iba a contar con Lauren para su improvisada celebración. Ella ya lo tenía todo planeado. Si aún no embarcaban, quizás estaría dormida, recostada en alguna butaca usando como almohada su bolso de mano. Si ya estuvieran a bordo, le diría a la azafata que iba a tomar un medicamento y que posiblemente se dormiría, que no la despertara ni siquiera para saludarla y ofrecerle la copa de champán que, con toda seguridad, la obsequiaría la empresa para la ocasión y así, cuando llegara a su destino, su objetivo se habría cumplido.

El *check-in* de cada pasajero se demoraba más de lo habitual esa noche en la que los empleados parecían ligeramente fastidiados al tener que trabajar en Nochebuena, lejos de sus familias y sus seres queridos y quizá pensando que bien lo estarían pasando todos en sus

hogares. Por fortuna, una dulce voz se escuchaba por los altavoces con el típico programa navideño, pero no se oían villancicos, sino música suave de otras épocas y la locutora, decidida a ser protagonista del momento, decía con un marcado acento peruano: “*Emyl Radio* le da las buenas noches y se propone acompañar a quienes se sientan solos en esta Nochebuena. Nuestra propuesta es quedarnos juntos hasta después del brindis mientras esperamos que el Niño Jesús renazca entre nosotros con alegría”.

Cuando Lauren terminó los trámites exigidos, tomó su bolso de mano y decidió alejarse de aquel histriónico grupo que se había reunido dispuesto a esperar la navidad, como si fuesen amigos de toda la vida. Incluso algunos ya comenzaban a cantar *Noche de Paz*. “¡Como si en realidad lo fuera!”, se lamentaba internamente, mientras huía de aquel cardumen de celebrantes, dirigiéndose a un enorme ventanal por donde podía observar el arribo y el despegue de las aeronaves.

Su familia no le perdonaría su ausencia esa noche. Pero Lauren no tenía ánimos de celebrar. No quería que se dieran cuenta de que seguía con su herida en carne viva, que había comenzado a alucinar y veía a Camila por todas partes. Incluso allí mismo, en el aeropuerto. Estaba segura de que el espíritu de Camila la seguía, pues la extrañaba tanto como ella... y esperaba el momento del reencuentro.

Se acomodó en una butaca desde la cual podía observar la pista de aterrizaje; abrió su bolso, tomó uno a uno los comprimidos que el psiquiatra le había recetado para alejar sus alucinaciones y los introdujo en su boca. Cuando el ligero mareo producido por el efecto de la droga comenzó a agudizarse y el sudor llegó a sus manos y su frente, pudo verla... Guapa como siempre, sentada a su lado como un ángel guardián, esperándola y rogando reencontrarse con ella antes que dieran las doce. Y se quedó dormida mientras tenía el más romántico de los sueños.

Cuando la voz femenina de la radio saludó desde los altavoces, todos notaron que aquella mujer que había preferido alejarse del grupo, se había dormido. Un muchacho decidió acercarse y despertarla. La encontró aferrada a una fotografía de una joven, pero no pudo reanimarla. Desesperado salió en búsqueda de la seguridad aeroportuaria creyendo que estaba desmayada.

Una mujer policía encontró una carta de despedida para su familia que estaba oculta en su bolso y al leerla supo exactamente lo que había pasado. Solo atinó a acariciar su cabellera mientras decía

-Ojala la hayas reencontrado. Feliz Navidad, pequeña.- Y una lágrima comenzó a descender por su mejilla.